EP Cultura 11 final - ii 7/21/06 11:14 AM Page 28

GalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg

Minucias del lenguaje

Chilango

José G. Moreno de Alba

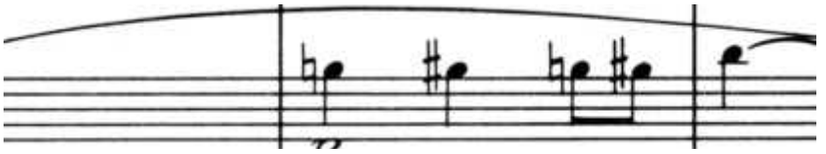
~

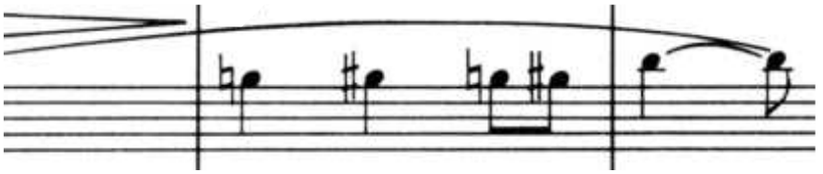
En la edición de la *Ortografía* académica (Espasa) del año 1999 aparecía, en el apéndice 2 ("Nombres de los países reconocidos por los organismos internacionales, con sus capitales y gentilicios"), *chilango* como gentilicio de "México, D.F., capital de México". Asimismo, en el *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española (DRAE, Espasa, 2001), *chilango* tiene dos acepciones, ambas con la nota de "coloquial": 1) Natural de México (¿país, ciudad?); 2) Perteneciente o relativo a esta ciudad (aquí se aclara que es "ciudad") o a "este Distrito Federal, en México" (?). No deseo entrar, en esta nota, en el espinoso asunto de la etimología y origen de la voz *chilango*. Mejor debería decir: no *puedo* entrar, sobre todo porque no tengo la menor idea sobre la historia o procedencia de esa palabra. Las diversas hipótesis que sobre este tema he leído me parecen inaceptables. Lo que resulta indiscutible es que los registros escritos de la voz son muy recientes: fines del pasado siglo XX.

Quiero detenerme en las marcas que lleva la voz en cada una de las dos obras citadas: por una parte, la marca de "gentilicio" (en la *Ortografía*) y, por otra, la de "coloquial" (en el DRAE). La gramática explica que el adjetivo gentilicio es aquel que denota la procedencia geográfica de las personas o su nacionalidad. Los gentilicios pertenecen a la clase de palabras llamadas "derivadas". Constan éstas de una raíz y de un sufijo (*mexicano*: *mexic-* [raíz] + *-ano* [sufijo]). En el caso de los gentilicios, en la raíz está la información del lugar; el concepto 'originario, procedente de' está en el sufijo (*mexicano*: 'originario, procedente de México'). Los gentilicios, como cualquier otro tipo de palabras derivadas, se estudian en la morfología (una de las partes de la gramática). No toda palabra que designa procedencia u origen es un gentilicio. Para que un adjetivo pueda llamarse gentilicio se requiere que esté formado precisamente mediante una derivación: *mexicano* procede de *México*; *madrileño*, de *Madrid*; *aguascalentense*, de *Aguascalientes*... Hay en español muchas palabras que, sin ser derivadas, designan procedencia u origen. No conviene llamarlas gentilicios, pues al no ser derivadas, no constan de raíz y sufijo, como se exige que estén formados los gentilicios.

En México y en otras partes de América, se emplea en ocasiones el adjetivo, evidentemente despectivo, *gachupín*, para designar, en general, a los españoles. ¿Quiere decir que *gachupín* es un gentilicio? De ninguna manera, pues no se trata de una voz derivada. Es probable que, hace siglos, a cierto tipo de españoles establecidos en América, por determinadas razones, se les llamara gachupines (o algo semejante). Poco a poco esa designación fue extendiéndose a otros españoles, no radicados en América, y el vocablo acabó por ser, en alguna medida, y dentro de determinados dialectos, contextos y registros, sinónimo de *español*. El despectivo *gachupín*, por tanto, designa hoy procedencia u origen, pero no es un gentilicio, pues no es fragmentable en raíz y sufijo, como todo gentilicio. Lo mismo sucede con otros adjetivos, no necesariamente despectivos, como *jarocho* ('originario del puerto de Veracruz') o *tapatío* ('de Guadalajara'). Ni *jarocho* ni *tapatío* tienen, en su estructura, una raíz que remita a la ciudad de Veracruz o de Guadalajara. No son, por tanto, gentilicios, aunque signifiquen procedencia u origen. A este tipo de voces pertenece *chilango* (sin ser gentilicio, refiere a un origen o procedencia). Resulta por tanto inconveniente su inclusión en la lista de gentilicios que aparece en la *Ortografía*.

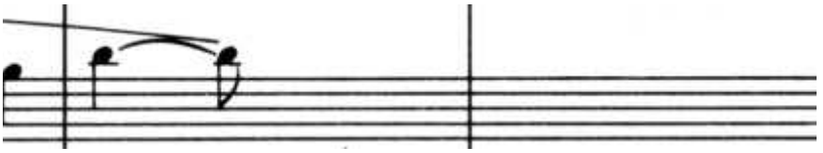
Ahora bien, en el DRAE *chilango* tiene la marca de *coloq.* (coloquial). En el mismo Diccionario se nos aclara que *coloquial* es lo "propio de una conversación informal y distendida". Creo que, por ejemplo, *jarocho* o *tapatío* podrían merecer en efecto esa marca (coloquial), aunque bien pueden no llevarla. En la nota biográfica de un personaje importante, tal vez no se anotaría "destacado político *jarocho*", sino *veracruzano*; pero cualquiera diría "me gusta el buen humor de los *jarochos*". La marca que no podría llevar ni *tapatío* ni *jarocho* es la de *despectivo*. Por sí mismas estas voces no resultan ofensivas. En el otro extremo estaría el vocablo *gachupín*. En efecto, la sola voz y no necesariamente el contexto manifiesta cierta idea de menosprecio.

En mi opinión, *chilango* está más cerca de lo despectivo (como *gachupín*) que de lo meramente coloquial, como podría ser *jarocho*. En el CREA (*Corpus de referencia del español actual*), hay sólo ocho apariciones de *chilango*. La más

EP Cultura 11 final - ii 7/21/06 11:14 AM Page 29

GalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenbergGalaxiaGutenberg

antigua es apenas de 1987, y procede de *Cristóbal Nonato*, de Carlos Fuentes. En todos estos textos *chilango* tiene, en mayor o menor medida, un evidente valor despectivo. Resulta particularmente revelador un texto procedente de un diario de Yucatán en el que se discute precisamente el sentido que el autor quiso dar a esta voz. El título del artículo es "Chilangos y chilanguismo". Copio sólo un breve fragmento:

> Tal altanería, combinada con la idea de que "fuera de México todo es Cuautitlán", constituye la infraestructura psicológica del chilanguismo. Agréguese el centralismo irreductible del gobierno y la abyección de los millones que ignoran que "mandatario" significa "mandadero" y no "mandamás", y tendremos la explicación de esa imaginaria superioridad que convierte a algunos capitalinos en chilangos al momento en que salen a la provincia. Huelga decir que mientras más civilizado sea un capitalino, más ajeno es a esa barbarie. Diría el gran Ortega que no es más que una manifestación local de la rebelión de las masas, cuyos entes llegan "al interior del país" a enjuiciarnos sin más criterio que su ignorancia, ni más autoridad que la de venir de la capital. Del odio suscitado por el centralismo en general y por el chilango en particular salió la igualmente odiosa consigna de "Haz patria: mata un chilango".

Queda claro que *chilango* no es exactamente una voz coloquial, sino francamente despectiva, por decir lo menos. Con alguna frecuencia se emplea para denigrar o injuriar. Si nos atenemos a la explicación transcrita (del diario yucateco), resulta que *chilango* no sólo no es gentilicio sino que tampoco designa a los naturales de la Ciudad de México, ni siquiera coloquialmente. Designa sólo a algunos capitalinos que parecen hacerse merecedores de calificativos tales como centralistas, abyectos, bárbaros, ignorantes, odiosos… No todos los capitalinos son chilangos. Los chilangos son una clase particular de capitalinos. No dudo de que hoy también, así sea esporádicamente, se emplee el adjetivo *chilango* sin estas claras connotaciones injuriosas y que, al paso del tiempo, pueda llegar a ser un simple sinónimo de *capitalino*. Mientras ello sucede, convendría corregir, cuidadosamente, la definición del vocablo en los diccionarios. ~



El futuro de Cuba

Alonso Ruiz Belmont

Rafael Rojas, *Tumbas sin sosiego. Revolución, disidencia y exilio del intelectual cubano*, Anagrama, Barcelona, 2006.

Desde hace ya muchos años, la ausencia de un régimen político democrático en Cuba ha sido un tema obligado de debate para la opinión pública internacional. En todas las latitudes del espectro político, desde la izquierda hasta la derecha, el régimen de Fidel Castro cuenta hoy con numerosos detractores y cada vez menos partidarios. Sin embargo, entre los cubanos que residen tanto adentro como afuera de la isla las pasiones se desbordan con enorme frecuencia y polarizan el debate ideológico; por ello, descifrar las nuevas claves de la identidad política cubana es, hoy día, una tarea en extremo complicada.

Nacido en Santa Clara en 1965 y exiliado en México, Rafael Rojas es un prestigiado historiador y ensayista cubano. En *El futuro de Cuba*, Rojas hace un mesurado y complejo recuento de la vida cultural y política de su país después de la revolución armada que llevó a Fidel Castro al poder. El texto de Rojas adquiere un enorme valor puesto que constituye un ejercicio intelectual serio y objetivo realizado desde la posición de un disidente que se aleja del rencor y los prejuicios intelectuales.

Rojas explica que, como en cualquier nación que ha enfrentado una guerra civil, en Cuba persiste una guerra de la memoria en la que dos bandos se disputan el legado nacional y la herencia simbólica del país. En tal virtud, la sociedad cubana no cuenta en este momento con el mínimo de civismo que requiere cualquier proceso de recons-